

Lo que pasa en Barcelona

SEAMOS PRUDENTES

«Cataluña, ciudad grande—o condado grande, que en ello no andan muy de acuerdo los cantores—, volverá a ser rica y plena. ¡Atrás esa gente, tan ufana y tan soberbia! ¡Buen golpe de hoz! ¡Buen golpe de hoz!... He aquí la primera estrofa de «Els Segadors», que es, según personas bien enteradas, el himno nacional de Cataluña. La gente esa «tan ufana y tan soberbia», parece que somos nosotros, los españoles, o los «castellanos», como se llama aquí a los no catalanes, aunque sean de Cádiz, el «buen golpe de hoz—«bon cop de falc»—, es un mal augurio para nuestros estimados cuellos.

Yo ya sé que no faltará quien acuse el anacronismo, diciéndome que los castellanos o españoles por la inestabilidad de cuyas cabezas se propugna en el himno nacional de Cataluña, no somos los españoles o castellanos de ahora, sino los de entonces, los que tenían, por señor a Felipe V. Bien, bien, pero, ¡caray!, ¿por qué, entonces, lo cantan ahora? ¡Para meterle miedo a don Felipe, no veo yo que sea!...

«¡Atrás esa gente tan ufana y tan soberbia!» Risa me daba el otro día, oír la frase lanzada por cientos de miles de patriotas, multiplicada por docenas de altavoces. Risa me daba, porque acababa de descubrir a don Rafael, perdido no sé como entre un grupo de orfeonistas.

Los orfeonistas eran mozallones rurales, atezados, recios y, sobre todo, eufóricos, que se dice ahora; rebosantes de la satisfacción del triunfo, del orgullo de la victoria; saliendo a la alegría por los poros, con el sudorcillo de las voces y de la caminata. Don Rafael un viejecillo encogido y triste; no ha llegado a la edad en que la tierra tira tanto del pobre mortal que le hace andar como buscando algo, pero así de encorvado, como un viejo muy viejo andaba él.

«¡Atrás esa gente tan ufana y tan soberbia!» En lo que abarcaba mi mirada, esa gente éramos don Rafael y yo. Ninguno hombre de guerra ciertamente. Y es que, por lo visto, los soberbios y los ufanos se habían quedado en casa, o iban disfrazados de patriotas catalanes, de «segadores» justicieros.

Los vaivenes del gentío, me proporcionaron la satisfacción de reunirme con don Rafael.

—¡Don Rafael!

—¡Muchacho! ¿Qué hermoso es esto, eh?

—¿El qué?

—Esto. El recibimiento de que el pueblo catalán hace objeto a Companys y a los suyos. ¡Ni un guardia! ¡Fíjate que, ¡ni un guardia! ¡Esto es civismo, democracia, progreso y ciudadanía!

—Si, señor, sí; resulta verdaderamente precioso. Y cuánto grito, ¿verdad usted?

¡Cuánto grito, verdaderamente! Que si viva Cataluña, que si viva la República, que si también viva Companys y asimismo Ventura Gassol... Y ni un guardia, ¿eh?, ¡oi un guardia!

Don Rafael, liberal de toda la vida, republicano de toda la vida, tenía los ojos enturbiados de llanto. Con la voz rota, me dijo:

—Amigo mío: después de presenciar esto, aun creo en los destinos de mi patria. ¡Se me están pasando unas ganas de gritar viva España!...

Yo le puse una mano en el hombro y, poquito a poco, poquito a po-



ROGAD A DIOS EN CARIDAD POR EL ALMA DE LA SEÑORITA

Raquel Fernández-Yáñez y Rojo

Que falleció cristianamente en esta ciudad el día 18 de Marzo de 1932

D. E. P.

Sus hermanos, doña Josefa, don Manuel, señorita Angela y doña María; hermanos políticos, don José Barnevo de los Cobos y don Ramón García Noblejas, ruegan a sus amistades la tengan presente en sus oraciones

ORACION

Oh Dios y Señor de toda bondad y dulzura, concede al alma de tu sierva **Raquel**, cuyo día aniversario de su fallecimiento conmemoramos, el lugar de refrigerio, el feliz descanso y la claridad de la luz eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en unión del Espíritu Santo, siendo Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

co lo empujé más allá de donde la gente se agolpaba. Cuando quedamos libres y se podía hablar ya sin levantar la voz, me preguntó:

—¿Ocurre algo? ¿Tienes algo que decirme?

—Sí; quiero decirle, que no grite viva España.

—¿Pues?

—Por... Porque decir ahora, aquí viva España, sería lanzar un grito subversivo.

—¿Un grito subversivo el viva España, en España? ¡Estás loco! Ya verás como nada sucede: ¡Viva España!

Le tapé la boca. Me lo llevé de allí. De haberle dejado concluir, seguramente lo habríamos pasado mal. Y es preciso ser prudente.

Ahora, en estos días jubilosos, nadie grita viva España por las calles de Barcelona. Todos, ya que no acertamos a ser ufanos ni soberbios, sabemos divinamente ser prudentes. Y cuando oímos el «buen golpe de hoz» de «Els Segadors», tragamos saliva, para cerciorarnos de que las tragaderas funcionan todavía. Lo principal es que haya salud.

Domingo de FUENMAYÓR

Barcelona, Marzo.

MIEDO

A ti, máscara del segundo día de carnaval que encendiste el horno de mi sueño.

—¿No me conoces...?

—Máscara, no me atormentes, deja que me vea a mí mismo, a ver si encuentro el camino donde el hombre es hombre...

—¿No me conoces...?

—Yo, marinero sin velas en el mar del sueño, busco gaviotas blancas con guirnalda de tu pelo.

—¿No me conoces...?

—En el crepúsculo de las horas muertas, cuando la fiebre me muerde, sólo veo humo de tu labio y atardeceres de invierno.

—¿No me conoces...?

—Si yo pudiera quemar la estúpida ternura de la carne, te tendría cerca, muy cerca, y entonces... ¡Tus penas serían mis penas!

—¿No me conoces...?

—Máscara, no me atormentes, déjame vivir mi sueño.

Octavio MOLINA LACARRA

Concordia o revolución

Erasmus o Lutero

A principios del siglo XVI Europa se agita bajo la poderosa influencia de una ola de fiebre. En el mundo se ha verificado un cambio sin precedente: ha desaparecido el mar tenebroso, surge un nuevo continente, la tierra es redonda; españoles y portugueses, sedientos de glorias y aventuras, cruzan en sus frágiles carabelas las vírgenes aguas del océano. Constantemente llegan noticias de algo nuevo, exótico; los pueblos, ávidos de novedades, están inquietos.

Al mismo tiempo, en el campo de Marte, luchan españoles, franceses, italianos, alemanes, etc. Carlos V mece su corona imperial de uno a otro confín. El mundo, el espacio y el tiempo, han sufrido un cambio tan rápido, que pronto la mente humana se ve forzada a dirigirse por senderos desconocidos y peligrosos, pero obligados.

Y es al llegar aquí, cuando la pequeña figura de Erasmo de Rotterdam aparece para aplacar los ánimos del pueblo. ¡Evolución, clama, mas no revolución! El es el primer reformista que ataca las relajadas costumbres de la época; la sabiduría de su pluma, es recogida por la joven imprenta, y el público culto —porque él no quiere entenderse más que con esta clase—, lee y aplaude sus escritos. Papas, reyes y príncipes se disputan su amistad; Erasmo, en este momento, es el jinete de Europa, pero no quiere, no puede, ni sabe cabalgar.

La fatal timidez de Erasmo desvía el curso de la historia. Pronto la Reforma se inicia por el camino de la revolución. La Dieta de Worms, de la cual aquél se escurre cobardemente, representa el preludio de la guerra de los Cien Años; el frailucho agustino llamado Lutero, acaba de triunfar.

Erasmus no tenía poder sobre las masas; éstas quieren movimientos bruscos y necesitan ser dirigidas unilateralmente, sin paliativos, hacia la oposición, para destruirla. Lutero, en cambio, con su voz potente y energía de ataque, logra arrastrar tras sí, con la ayuda de los príncipes alemanes descontentos ante la grandeza de Carlos V, a toda la clase plebeya.

Desde su residencia de Basilea y más tarde desde un rincón de Freiburg, lamentase Erasmo a la vista de la sangre que corre. Pero, es tarde. Su queja, sin eco, no llega más allá del hábito de su boca. Ya es inútil que se apreste a defender la causa de Roma, porque Martín Lutero ha triunfado: Tomás Morus, John Fisher, sus íntimos amigos, han caído bajo el hacha del verdugo; su traductor y discípulo Barquin, muere quemado a fuego lento; Zwingli, Tomás Münzer, fallecen tras sufrir mil torturas; a los anabaptistas se les arranca la lengua; Roma ha sido salteada por los lansquenets. ¡Horrible cuadro!

La biografía de Erasmo, maravillosamente estudiada por Stefan Zweig, el mismo autor de «Fouché», en la obra que titula «Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam», (Editorial Juventud ha editado una magistral traducción de ambas obras), es un verdadero tratado sobre la psicología del pueblo, del cual se pueden sacar preciosos datos y una enseñanza muy útil para juzgar el momento presente. Porque ahora, no lo dudemos, estamos viviendo otro período muy semejante, en orden a ideas, de aquél que dió comienzo a una nueva época. ¿Cuáles serán las consecuencias de la radio, televisión, aviación, y de los múltiples inventos, en la mente humana? ¿No ha vuelto a variar el mundo, el espacio y el tiempo? Si hay que dar un paso adelante, démoslo, pero hagamos votos para que aparezca un nuevo Erasmo que, desprovisto de la fatal timidez del primero, no abandone la concordia entre los hombres.

Francisco CASTELLO

MADRID, CASTILLO FAMOSO

UN TERRIBLE COMUNISTA

Se llama don Fulano, o cosa así, pero cuando en los círculos periodísticos madrileños pregunta uno por él, no es extraño que obtenga esta absurda respuesta:

—¿Fulano? ¡Ab, sí! ¡Una verdadera mula, chico!

El preguntón ingenuo quedase bequiberto, porque la mula en cuestión no habita en cuadra de semoviente, sino en un cuarto, con su mija de calefacción y todo, del barrio de Salamanca. Y anda en dos patas; en las de detrás, claro está; porque las de delante las utiliza para escribir.

Porque don Fulano, aunque sus piadosos compañeros digan que es una mula, no es una mula precisamente, sino un escritor; un periodista, mejor dicho; un periodista liberal, para completar su ficha.

Periodista liberal de los más radicales, incurso desde ahora en la zona del comunismo que avanza, en otros tiempos fué novelista para uso de de las juventudes burguesas, admirado por los hijos de papá que quieren ser pillines jugando a los donjuanes, y por las niñas de raqueta bajo el sobaco que la echan de perversa cuando consiguen fumar un cigarrillo sin toser demasiado.

Quería yo conocerlo de cerca, en su propia salsa, como aquel que dice, y fui a su casa, en una calle paralela a Diego de León, no lejos del hogar de don Fernando de los Ríos. Portero con librea. Viejo portero y librea vieja, pero portero enlibreado, al fin. Y pasillo de alfombra, en la escalera. Escenario, pues, de señor, aunque sea de señor, pobre, y no de «camarada».

—¿Don Fulano?—, pregunto a la doncella que me abre la puerta, muy en su papel de doncellita con blanca cofia y blanco y mínimo delantal, y la chica me responde con un lío de esos de «alta comedia», que hiciera emocionar en tiempos idos a las burguesitas de «La bombonera».

—Miraré si el señor está en casa, y si está en casa, el señor tendrá mucho gusto en recibir al señor. Tenga la bondad de pasar por aquí, el señor.

Uno acaba por no saber si el señor es él u otro, pero se deja conducir a una saleta en esa semi-penumbra tan piadosa para las máculas con que el tiempo marca los mobiliarios no renovados. Cuando la vista se acostumbra, el visitante distingue aquellas huellas que los años dejaron y, en este caso, entre los retratos de cupletistas y políticos, la señal que puso en el tapizado de papel, un cuadro largamente colgado y ahora desaparecido. Un cuadro, a lo mejor, con la efigie de don Alfonso de Borbón, o de su tía, la infanta Isabel...

Torna la doncellita con sus camelos:

—El señor, espera al señor.

Entro al despacho. El señor, el de la casa, es rechoncho y pálido. Viste un pantalonceta de alpaca, un batín de algodón, calza pantuflas, y fuma un puro horrible:

—¡Adelante el hombre!— me dice, y me estrecha entre sus brazos, vuleyandome tan cordial como estupidamente, muy a la antigua española. Yo pierdo la noción de las cosas y respondo, apartando el rostro del radio de acción de su vincolo aliento:

—Salud, maestro— y no lo digo, de verdad, porque allá en mi tierra se le llame maestro hasta al tabernero de la esquina...